

CAPITULO IV

SERAFÍN

Vamos á encontrar al coronel Montero en una posición que al pronto nos va á parecer impropia de su carácter impetuoso y enérgico; mas si reflexionamos un momento, veremos que no desmiente en nada la índole de su naturaleza brusca, pero tierna; irreflexiva, pero generosa. Además, debemos tener en cuenta que se ha verificado un cambio muy notable en el orden, digámoslo así, de sus ideas, y siendo el mismo hombre en su manera de ser, es otro muy distinto en su manera de sentir. Él mismo no se da cuenta de esta transformación, pero advierte que se estima más que se estimaba; y como todo es en él extraordinario, desde que se estima más se trata peor, y esto lo hace sin penetrar en el profundo misterio de aquella Divina Sabiduría que ha dicho: «La humildad ensalza.»

Desde que lo dejamos en San Juan de Luz no se ha separado de Luis, viviendo con él como un individuo de la familia: vió morir á la madre de su amigo arrodillado á los pies de la cama, y enjugándose los ojos con el revés de la mano se entró en su cuarto diciendo:

— Soy un cobarde, un cobarde que no ha sabido más que matar, y he aquí una débil mujer que me enseña cómo se muere... ¡Qué muerte!.. ¡Qué muerte!.. Así deben morir los santos.

Dijo, y cogiendo su espada, cuya empuñadura brillaba

en un rincón del cuarto, la desnudó con violencia, sujetó la punta con la mano izquierda y doblando la hoja contra la rodilla, la hizo saltar en dos pedazos, al mismo tiempo que decía:

— Soy un cobarde..., un cobarde.

Siempre que Margarita, al reunirse en el comedor á la hora del almuerzo, le preguntaba qué tal había pasado la noche, le contestaba:

— Muy bien; este miserable ha dormido como un príncipe, cuando hace mucho tiempo que debía estar... Dios sabe dónde.

Vivía, como he dicho, en la casa de Luis como un individuo de la familia, y he aquí la posición en que le encontramos.

Lo hallamos en medio de su habitación con ambas rodillas clavadas en la alfombra, sosteniendo el cuerpo con las manos, que del mismo modo se apoyan en el suelo: sobre sus espaldas de Hércules cabalga un niño de cuatro años, blanco como la nieve, rubio como el oro y fresco como una rosa, que agitando en su diminuta mano una fusta con puño de marfil, grita con impaciente alborozo:

— ¡Arre, caballo..., arre!

El coronel Montero daba vueltas á la habitación andando á cuatro pies, más bien deslizándose con sumo cuidado para evitar que el jinete perdiera, digámoslo así, los estribos, y diera con su cuerpo en tierra, porque estas eran sus primeras lecciones de equitación y aún no sabía mantenerse firme en la silla.

Pero ya se ve, aquel ángel de Dios no se avenía al movimiento pausado de su cabalgadura; quería correr como había visto dar vueltas á los caballos del circo, y se impacientaba gritando:

— ¡Arre!, ¡arre!

Más de una vez la fusta caía sobre la cabeza de Mon-

tero, que bufaba imitando el relincho impaciente de un caballo fogoso, pero sin salir, por supuesto, de su sosegada andadura.

Entonces el niño le preguntaba:

– ¿Padrino, ¿no eres tú un caballo de carne?

– Sí – le contestó el caballo.

– Pues corre; corre mucho.

– No puedo.

– ¿Por qué?

– Porque el camino está muy malo.

– No seas tonto – decía el niño riendo á carcajadas; – si éste no es camino. ¿Sabes lo que dice mamá?

– ¿Qué dice?

– Que te mortifico.

– Mejor.

– ¿Tú quieres que te mortifique?

– Sí.

– ¿Pero no *arres*?

– Agárrate bien – le decía Montero, – porque vamos á salir á escape.

– ¿Y qué es escape? – preguntaba el niño.

– Correr mucho, mucho, mucho.

– ¿Como el tren?

– Lo mismo.

– ¿Y por qué corre el tren?

– Porque lleva mucha prisa.

En esta situación se hallaban cuando apareció Margarita en la puerta. Al verla, el niño exclamó:

– Aquí está mamá.

Montero abrió los ojos, y parodiando á Enrique IV, le preguntó:

– Señora, ¿tiene usted hijos?

– Sí – le contestó ella sonriéndose.

– Pues entonces continuó.

– Basta, basta – dijo la madre acercándose para coger al niño; pero éste se abrazó al cuello de Montero, diciendo:

– Mi padrino no quiere *bastar*.

Otras veces el caballo se convertía en maestro y el jinete en discípulo: sobre

las rodillas de Montero aprendía el niño á conocer las letras del alfabeto, y repitiendo palabra por palabra con tierna paciencia, el tremendo coronel enseñaba al niño á rezar.

Serafín se llamaba esta bella criatura, y le convenía perfectamente el nombre, pues le había concedido el cielo singular hermosura y una bondad verdaderamente encantadora. Tenía los ojos de su madre, ojos pardos, de mirada inmensa, que brillaban dulcemente bajo la sombra de copiosas pestañas y bajo



¡Arre, caballo..., arre!

el arco suave de sus cejas rubias. Dos cosas eran irresistibles en este niño, el llanto y la risa: su alegría llegaba al corazón, su llanto al alma; su semblante risueño disipaba todas las penas, sus sollozos afligían á los corazones más duros.

Su pasión eran los caballos; su afán correr, volar, y en su inquietud de mariposa se impacientaba, tal vez echando

de menos las alas de ángel que había perdido al venir á la tierra. Para vencer sus resistencias bastaba fingir aflicción; entonces cedía al instante. La gran venganza, el gran castigo que empleaba contra el que se oponía á sus deseos era esta terrible sentencia:

— Ya no te quiero.

Mas si el culpable tenía la previsión de romper á llorar amargamente, quedaba absuelto en el acto.

Su padre lo besaba en la frente, su madre en la boca, y Montero lo besaba todo desde los pies hasta la cabeza.

Con frecuencia exclamaba el coronel:

— ¡Oh!.. Esto no es para el mundo.

Diciendo así, lo rodeaba con sus brazos como si de ese modo quisiera disputárselo al cielo.

Fácilmente se concibe el género de íntimas relaciones que se habían entablado entre el ahijado y el padrino, entre el niño y el hombre, entre aquel león y aquel cordero, y del mismo modo se comprenderá que el niño era el tirano y el hombre era el esclavo. Toda la ternura encerrada en el gran corazón de Montero había roto los diques que la contenían, y toda era para el niño.

Conservaba el coronel, por aquello de genio y figura hasta la sepultura, su índole propia de calavera; así es que se había constituido en cortesano, cómplice y encubridor de todas las diabluras del chiquillo. Ya se ve, no se necesita más para captarse el afecto de un niño, y Serafín miraba al coronel como á un íntimo amigo, sin el cual no acertaba á vivir. Por su parte el padrino se pasaba las horas muertas con el muchacho.

Un día entró Serafín en el cuarto de Montero con un silencio y una formalidad de que no solía ofrecer muy frecuentes muestras. Viólo el coronel atravesar la habitación con aire resuelto y con cara de pocos amigos; sin decir una palabra y como si no reparara en su padrino, se dirigió á

un ángulo del cuarto, y allí se metió entre dos sillas, y sentándose sobre la alfombra ocultó el rostro entre sus manos.

El primer impulso que sintió Montero fué el de soltar la carcajada; mas con la viva rapidez que en él se sucedían las impresiones cambió de propósito, y en vez de reirse, se juró á sí mismo hacer un ejemplar castigo con el temerario que lo hubiese contrariado, porque inmediatamente comprendió por el aire del niño que su corazón de ángel venía poseído de un terrible enojo.

Hecho el juramento de castigar severamente al autor de semejante delito, se sonrió diciendo:

— Parece, caballerito, que corren hoy malos aires.

Serafín no hizo ningún movimiento y permaneció mudo.

— Bueno — continuó diciendo el coronel: — ¿ya no somos amigos?.. ¿Ya no quieres contarme tus penas?.. Mejor, yo también voy á enojarme.

Y diciendo y haciendo se dirigió al rincón opuesto, se colocó entre dos sillas como estaba el niño, y se tapó la cara con las manos, de manera que al través de los dedos espiaba los movimientos de su ahijado. Éste, por su parte, hizo lo mismo, pero con menos disimulo, pues Montero vió que el niño lo miraba al través de sus manos, mas no consiguió que rompiera el tenaz silencio en que se había encerrado.

Grande debía ser la tempestad que había dentro de su pequeña cabeza, y firme era por lo visto la resolución de su enojo.

Cualquiera que entrando de pronto los hubiera sorprendido en la situación en que se hallaban, no habría acertado á distinguir cuál de los dos era más niño.

Fué preciso apelar al último expediente; el último expediente eran las lágrimas, y el bizarro coronel comenzó á sollozar con tanta amargura que partía el alma.

— Sí te quiero — dijo el niño, vencido por la fuerza de tan amargos sollozos, — pero estoy muy enfadado.

— ¿Por qué? — preguntó el coronel con voz lacrimosa.

Tienen los niños preguntas que paran, y dan respuestas que asombran. Serafín contestó al golpe:

— Quiero morirme.

Esta frase desesperada formaba singular contraste con la dulzura del acento con que el niño la pronunció, y Montero no pudo oirla sin dar un salto repentino, como si á la vez todos sus nervios hubieran experimentado un súbito sacudimiento; se acercó al niño y lo tomó en sus brazos diciéndole:

— Cuéntame, hijo mío; cuéntame lo que te han hecho.

¿Ha sido Manuel?

— No — contestó el niño.

— Habrá sido el bribón de Jaime.

— Tampoco.

— ¡Ah, pícara *Marí!* — exclamó el coronel; — ella es la que te ha afligido.

— *Marí* es buena — replicó Serafín.

— ¡Diablo! — refunfuñó Montero. — Soy un babiaca: me empeño en averiguar el nombre del culpable y todavía no conozco el crimen... Pero qué crimen ni qué calabazas... ¿Hay en el mundo un crimen mayor que afligir á este ángel del cielo?.. Vamos á ver, hijo mío, ¿tú que querías?

— Nada — contestó, — yo no quería nada.

Montero alzó el puño cerrado sobre su cabeza, y amenazándose á sí mismo preguntó:

— ¿Acaso soy yo la causa de tu enfado?

— No — dijo el niño; — es mamá.

— ¡Diantre! — exclamó Montero. — He aquí un culpable que está fuera de la ley... Mamá... ¡Mamá!.. ¿Te ha regañado? Cuéntamelo.

— Mira, padrino, es que mamá llora.

Como el llanto era el recurso á que se apelaba para vencer las resistencias del niño, Montero comprendió que Margarita, á quien consideraba con orgullosa complacencia como la mujer más dichosa del mundo, habría fingido ese llanto en que retoza la risa, con el que las madres cariñosas enternecen á sus hijos cuando todavía no se les puede imponer el peso de la autoridad.

— Mamá llora — repitió el coronel; — es una picardía... ¡Ah...!, qué llorona! Pero supongo que tú le habrás quitado el enojo con muchos abrazos y con muchos besos.

Movió el niño la cabeza, al mismo tiempo que sus pequeñas manos tiraban sin misericordia de los largos bigotes del coronel, diciendo:

— No, no; mamá no me quiere... llora con lágrimas.

— ¡Hola! — exclamó Montero sorprendido. — ¡Es decir, que lloraba de veras!..

En cualquiera otra mujer estas lágrimas, para Montero intempestivas é injustificadas, no le hubieran causado sorpresa ninguna, porque sabía que las mujeres de todo se ríen y por todo lloran; mas tratándose de Margarita, la cosa variaba de aspecto por dos razones bastante atendibles. Primera, porque no pertenecía á la clase vulgar de las mujeres que hacen con sus continuos *lloriqueos* ridículo alarde de una sensibilidad que por lo común no tienen. Segunda, porque Margarita era la mujer más feliz de la tierra.

Muy grande debía ser el pesar, causa de semejante llanto. ¿Qué podía haber ocurrido para que Margarita llorara?.. Montero sondeaba el horizonte y no descubría ni una nube siquiera en el sereno cielo de aquella casa.

Decidióse á indagar la verdad del caso haciendo al niño nuevas preguntas, pero se detuvo contenido por una noble delicadeza. ¿Tenía derecho á sorprender el secreto, motivo de aquellas lágrimas?.. ¿No era una traición abusar de la inocencia del niño para inquirir las penas ocultas de

la madre?.. ¡Penas!.. ¿Y qué penas podían anidarse en su corazón?.. No, no podía convenir en semejante absurdo. Y, es claro, si el corazón de Margarita sintiera la inquietud de algún sobresalto, ¿por qué habla de ocultarlo?..

En estos pensamientos fué sorprendido por un criado que entró de repente. Al verlo exclamó:

— ¿Qué ocurre?..

— Nada — contestó el criado, sorprendido á su vez por la sorpresa del coronel; — únicamente vengo á decir que está servido el almuerzo.

Llevando á Serafín en brazos se dirigió al comedor, donde ya se hallaban Luis y Margarita. Luis lo recibió con su cordialidad acostumbrada, y Margarita con su afable sonrisa. En ninguno de los dos semblantes notó señal de enojo ó de tristeza. Luis almorzó con el aire distraído del hombre que lleva arduos negocios en la cabeza, interviniendo en la conversación con monosílabos, con exclamaciones y con sonrisas; evidentemente, su pensamiento no estaba allí, pero ya se sabía dónde estaba: estaba en su bufete, sobre cuya mesa había siempre un pleito ó un proceso en que el derecho ó la verdad pedían justicia. Ni Margarita ni Montero podían extrañarse de aquella distracción, que ya era en él habitual. En cuanto á ella, había tanta apacibilidad en su semblante, tanta dulzura en su voz, tanta serenidad en sus palabras, que Montero se declaró interiormente *tonto de capirote*, por haber creído bajo la inocente palabra del niño que Margarita *había llorado con lágrimas*.

No obstante, la palabra del chiquillo tenía á sus ojos una fuerza irresistible, *mamá llora con lágrimas*... Claro está que el niño había visto las lágrimas en los ojos de su madre, lágrimas que no veía en los demás ojos cuando fingían llorar para engañarle. El niño había percibido esta diferencia y la expresó con esa elocuente ingenuidad que Dios concede á la inocencia.

Era preciso creer que Margarita había llorado, y lo que es más, que ocultaba sus lágrimas. Discurriendo así, creyó advertir Montero cierta palidez que hasta entonces no había notado, y cierta sombra alrededor de sus párpados, y hasta cierta tristeza en su sonrisa y algo de firme resolución en su mirada.

Serafín no apartaba los ojos de su madre, y de repente, con esa inquietud propia de los niños, saltó de la silla en que estaba sentado y se lanzó al cuello de Margarita, besándola y abrazándola con loca ternura, como si no la hubiera visto en mucho tiempo, como si creyera que iba á perderla para siempre, como si quisiera impedir que se la robasen.

Luis se levantó en aquel momento de la mesa, sin reparar en el tierno grupo que formaban su mujer y su hijo.

Entonces fué cuando el coronel Montero vió distintamente brillar en los ojos de Margarita dos lágrimas como dos estrellas.